
La necesidad del pensar filosófico en la profesión

Jesús Vergara Aceves, S.J.*



Introducción

Hemos llegado ya a un punto sin retorno, termina un ciclo histórico y comienza otro. El racionalismo moderno acaba a fuerza de roturar veredas en todas direcciones, totalmente desorientado y perdido en la espesura del bosque. De día no sabe mirar al sol, ni de noche, a las estrellas. Puede analizar, en su atomismo, y dividir sin fin hasta los últimos genes del organismo humano, pero ha perdido el misterio y los últimos horizontes del ser humano. Cada vez hay mayor especialización profesional y menor sabiduría, ésta agoniza de inanición en medio de una sobreabundancia de cosas que no sabe qué hacen en el mundo ni para qué son. No estamos ante una diversión sino frente a una emergencia de ser o no ser. La inutilidad de la filosofía se convierte en urgente ayuda para sobrevivir.

El problema en sus orígenes

Enunciado del problema

Las ciencias se sacudieron de toda teoría totalizadora y tutelar; proceden dinámicamente, por acierto y error. Las metafísicas y éticas estáticas, inmutables y universales, no pueden concordar con la evolución científica moderna.

De hecho las ciencias se sacudieron la tutela de la filosofía y la religión, pero cayeron en una nueva dependencia: los imperativos del poder humano, sobre todo económico y político. La caída de las ciencias se debió a que ellas mismas se contentaron con su propia autonomía, cada vez más especializada, y no mantuvieron amplitud de

horizonte generalizado. Han llegado a ser técnicas calculadoras tan autónomas que desconocen el todo y se vuelven manipulables.

Se requiere, pues, una reflexión crítica filosófica que abra horizontes; que no sea estática, definitiva y esencialista sino que se abra a un proceso heurístico completo. Eso son precisamente la filosofía trascendental, la metafísica y ética críticas.

Fenomenología general sobre el pensar filosófico

Tres partes principales:

- No es ninguna escueta actividad de la estricta lógica formal que se mueve dentro de categorías establecidas, ni la determinación en esas categorías de objetivos, ni métodos especializados, ni la continuación acumulada de disciplinas, que no afectan al sujeto.
- El pensar nace de un preguntar más allá de lo sabido y aceptado ante dificultades, incógnitas, experiencias nuevas e inéditas.
- Éste se mueve en el interés por todo significado y su referencia intencional a las operaciones trascendentales del que piensa y de lo pensado. La significación abarca otros muchos campos, además de los conceptos estatuidos en las escuelas filosóficas y metafísicas. Pensar es la dilatación de un horizonte en que nosotros y nuestro mundo tenemos ya un significado hasta otro horizonte en el cual, a tra-

* Doctor en teología, director del Centro Tata Vasco, A.C., tutor de investigación en el Doctorado en Filosofía de la Educación del ITESO.



Sin título, de la serie "Marca registrada", óleo sobre madera, 12 x 17 cm, 2001.

vés de una libertad cualitativamente diferente, somos capaces no sólo de escoger entre un objeto y otro sino de replantear todo desde ese nuevo horizonte alcanzado.

En breve, se entiende por pensar al ajustamiento constante del pensador y lo pensado a las exigencias implícitas y trascendentales que activan al sujeto para adentrarse cada vez más en su circunmundo.

Presupuesto: cultura normativa y empírica

Para poder comprender la riqueza inédita en el mundo del significado y su despliegue en el tiempo presente, es clave señalar la distinción entre la cultura normativa y la empírica.

La cultura normativa es, por ejemplo, la clásica. Es normativa porque es única, permanente, universal y obligatoria para todos los pueblos de la tierra. A sus normas e ideales debe aspirar toda cultura.

Se llama cultura empírica al conjunto de significados y valores que informan un modo determinado de vida. Es plural, temporal. Puede crecer

rápidamente y declinar con lentitud. Su proceso en este sentido no se puede predecir del todo. Sus ciclos históricos no son regulares. Este contexto fue impuesto por un largo proceso de secularización que culmina cuando se impone la ciencia moderna. Hay dos aspectos: uno es reflexión sobre la cultura, a ella me refiero principalmente; muchos de los autores contemporáneos tienen un enfoque empírico. El otro aspecto es el de las culturas concretas. El afán de poder hace que los imperialismos tiendan a ser dominantes de las otras culturas y asuman la ideología normativa.

Proceso de secularización

Es el proceso de emancipación de toda tutela religiosa, metafísica y ética. La secularización fuerte pretendió erradicarlas hasta su extinción; la suave sólo pretende controlarlas, someterlas. Se realiza dentro del amplio fenómeno de globalización que desregula y reconfigura la producción y el comercio, la academia, la política y las religiones todas. Más acción y menos contemplación.

Contemplación y acción

El proceso de la vida se simboliza en el corazón. Como signo, renueva la vida a través de dos movimientos, sístole y diástole, recepción e inyección. Como significado, el crecimiento de la intencionalidad de la conciencia procede lo mismo por inyección que dilata los horizontes y la recepción de todos los objetos dentro del nuevo horizonte: los antiguos se retransforman en sí y en todas sus relaciones con los otros objetos: los nuevos se ubican en el conjunto y también los reconfiguran y son a su vez reconfigurados.

Este proceso dual ha recibido diversos nombres. En la percepción, por ejemplo, se distingue entre ver y mirar, entre oír y escuchar. Ver y oír biológicos son conducidos como flecha a un determinado objeto; son inquisitivos, discriminantes, parciales. Mirar y escuchar son también acciones biológicas guiadas por otra intencionalidad, son conocidas como copa receptiva de todo el vino, gotas y sabores, que le dan el último sabor y sentido.

En la actividad de la conciencia inteligente y razonadora se prolonga el proceso dual: inyección de actividad intencional para dilatar los horizontes por la contemplación, y reacomodo de las cosas y las actividades en el proceso de acción. Otras veces se les llama teoría y práctica o teoría y praxis, según asuma la prioridad la teoría sobre la práctica, como realizar la teoría, o la praxis, como acción consciente, inteligentemente propuesta que abre los horizontes para que se formulen nuevas teorías que medien una práctica o ejecución calculada.

Aportación ignaciana

Me permito una breve digresión que ilustra. Aún no se aprecia la trascendencia cultural que ha tenido en el paso del medioevo a la modernidad la obra religiosa que Ignacio de Loyola legó como enseñanza. Él se dio cuenta del proceso dual referido. Por claridad y brevedad, lo formulo en expresiones de sus comentaristas: “liberar el espíritu del cuerpo y dar nuevo cuerpo al espíritu liberado”. Al final de la edad media se imponía una nueva comprensión más consciente y elevada que liberara de los barrotes de un paradigma que, además de rígido, ya era obsoleto. Las teorías de la cultura normativa no se podían liberar. Trataron sin éxito de imponerse, de adoctrinar, de imponer preceptos a una sociedad petrificada que ya no creía en esas teorías. Vino el estallido emocional

con poca carga racional. La época estalló en pedazos. Ignacio la llamó discernimiento, que en el horizonte del espíritu no separó ni erradicó la cizaña, pero sí la distinguió del trigo. A la liberación sigue la transformación del cuerpo para ser dócil al espíritu. La decisión, la elección, la readaptación de ese cuerpo y su planeación calculada y cuidadosa, con ayuda de la moderna planeación estratégica, la más racional, concreta y eficaz.

Dos breves comerciales: primero, lo que la cultura normativa no pudo, lo logró el discernimiento; lo que la filosofía y la metafísica no hicieron, lo realizó la amplitud de horizonte del discernimiento. Segundo, nos hallamos en una situación parecida. La modernidad culturalmente fenece. Empieza a estallar. La emocionalidad posliberal incrementa su baja racionalidad. Se impone una sabiduría concreta que dilate horizontes. Las profesiones categoriales, sin dilatar su amplitud, son ineficaces.

Aplicación a la filosofía y a la metafísica

No me refiero ya a las filosofías, éticas y metafísicas salidas del contexto de la cultura normativa. Las cosmovisiones eternas, inmutables, de horizontes fijos son incompatibles con el progreso de la ciencia. De hecho mantienen su vigencia en cuanto orientación sapiencial. Me refiero sobre todo al platonismo, aristotelismo y tomismo como fueron entendidos a lo largo de la misma concepción de la historia. Pero ya no pueden ser entendidos en sus contenidos estrictos, muchas veces negados por pruebas irrefutables de la ciencia moderna.

Estas filosofías fueron estructuras que ayudaron a la reflexión teológica del cristianismo, pero que tampoco son fácilmente compatibles con el mensaje evangélico si se toman en sus categorías estrictas.

Las filosofías normativas, sus metafísicas y éticas fueron cediendo su lugar a las adquisiciones de la ciencia moderna. Poco a poco se impusieron las filosofías empiristas, positivistas, materialistas. Ante la imposibilidad de integrar el inteligible y el sensible aristotélicos, se abandonó la filosofía universal y normativa de esencias inmutables para asumir el proceso activo de verificación de hipótesis nuevas comprobables sensiblemente, con autonomía e independencia total de las filosofías y de las otras ciencias. Se terminó por construir una Babel perfecta: cada disciplina, cada escuela de una misma disciplina procede con absoluta in-

dependencia e ignorancia de las otras disciplinas. El liberalismo económico, por ejemplo, se sacudió las éticas normativas ajenas e impuso sus propias normas como éticas de justicia productiva sin atender a la justicia distributiva. A base de atender sólo a lo suyo, se perdió el horizonte del todo.

El problema se agudiza en el presente

El pensar filosófico en el paso de la modernidad a la posmodernidad

La dramática historia del siglo XIX, con sus guerras y calamidades sin cuento, acabó por hacer que los hombres se levantaran de hombros ante las ideologías “redentoras” de libertad, igualdad, fraternidad; de sociedad sin clases, de democracia sin límites; que cayeran en el escepticismo de la razón y volvieran al sensible irracional y a sus sentimientos alegres o trágicos de la vida. Ya el existencialismo francés dio muestras claras de esa reacción. Se ha seguido una serie de tendencias escépticas e irracionales hasta los actuales movimientos posmodernos.

Hace años se quiso establecer un puente de trabajo interdisciplinario. Fracaso porque se entendió como la restauración de una nueva teoría normativa, obligatoria para todas las disciplinas. No se aceptó la posibilidad de inferir un nuevo método científico generalizado en el que la filosofía desempeñará un nuevo papel: normativo y amplio no por categorías inmutables de objetos, como esencia o sustancia, actos o facultades sino por la reflexión de todas las posibles condiciones trascendentales del experimentar, entender, juzgar y decidir a partir de los métodos empíricos.

Reacción: Martín Heidegger, la escuela de Francfort (Jürgen Habermas)

El ser no se le manifiesta al hombre como se le manifiestan los entes. Por este camino se cosificaría una vez más al ser. Pero el ser mueve al hombre como su destino, al que nunca deja de buscar porque está orientado a él. La metafísica de Occidente ha sido más apariencia alienante que presencia en el destierro.

El primer Heidegger: del hombre al ser. La pregunta fundamental es por el sentido del ser. Para esclarecerla hay que partir de la ontología, sólo posible como fenomenología, como vuelta a las cosas y la existencia, es decir, como fenome-

nología distante del ser, pero vuelta a él. En tanto existencia, el hombre es el pastor del ser: lo vigila a distancia. Pero la fenomenología de la existencia no muestra ni revela al ser; lo oculta, sólo revela lo que el ser no es. El conocimiento del ser está excluido.

El último Heidegger: del ser al hombre. El ser no está abierto a la existencia, pero es el que hace posible que la existencia lo busque siempre y esté de vuelta al ser como destino. Desde su existencia temporal el hombre es ex-stático (fuera de sí está su centro), tiende hacia su destino, pero no puede comprenderlo. El ser es presencia que hace posible la propia apertura del existente. Esta apertura es la que hace posible la comprensión del hombre y de su mundo, pero no la del ser.

La escuela de Francfort es una reacción de inspiración marxista contra la presentación cada vez más invasora de la ideología liberal, del pragmatismo que encubre con su ideología liberal la causa de la alienación humana en el modo de producción capitalista.

Jürgen Habermas, notable representante de la escuela de Francfort, distingue tres tipos de conocimiento: el objetivista del primer Husserl, el de las ideas. El segundo es el saber técnico-calculador, que no es más que la rigurosa concatenación de lógica estricta de un conjunto de medios para lograr con toda eficiencia un objetivo o fin propuesto, pero nunca discutido. El tercero es su famoso saber comunicativo, donde vuelve a entrar al primer plano el encuentro de las subjetividades.

La rica reflexión filosófica mencionada adelantó la crítica de la modernidad ilustrada que había degenerado en un saber puramente técnico sin conocer ni discutir los fines. Ahora, en la decadencia de la modernidad, podemos apreciar mejor la aguda crítica de estas escuelas que reivindican la vuelta a un saber filosófico irrenunciable.

Racionalismo e ideologías sin horizonte ampliable

Lo fundamental del racionalismo es la fijación de sus categorías establecidas y su absoluta incompreensión de otras categorías que no encajen con las suyas propias. En otras palabras, sólo acepta sus propios hallazgos y no es capaz de revisar sus propias categorías desde las hipótesis y hallazgos de los demás. De este modo las actitudes racionalistas fácilmente llegan a ser ideologías donde lo propio se convierte en la base fundamental que

construye sobre ella toda la superestructura de su cosmovisión. Así conocemos las ideologías freudiana, liberal, marxista y neoliberal.

**Para resolver el problema:
dinamismo del pensar**

El desarrollo de la conciencia intencional de los hombres y las sociedades siempre puede y debe rebasar, replantear y reestructurar las categorías y los paradigmas establecidos. La aceptación de lo nuevo replantea todo el conjunto de categorías; altera, al suprimir, crear, cambiar, en un acto de libertad vertical que amplía el horizonte y todo lo reubica dentro de él.

La significación y su función múltiple

Toda la amplitud de la significación volvió a ser replanteada por el impulso humanista de las disciplinas del lenguaje, ante el fracaso de los racionalismos. Así surgieron san Agustín, Descartes,

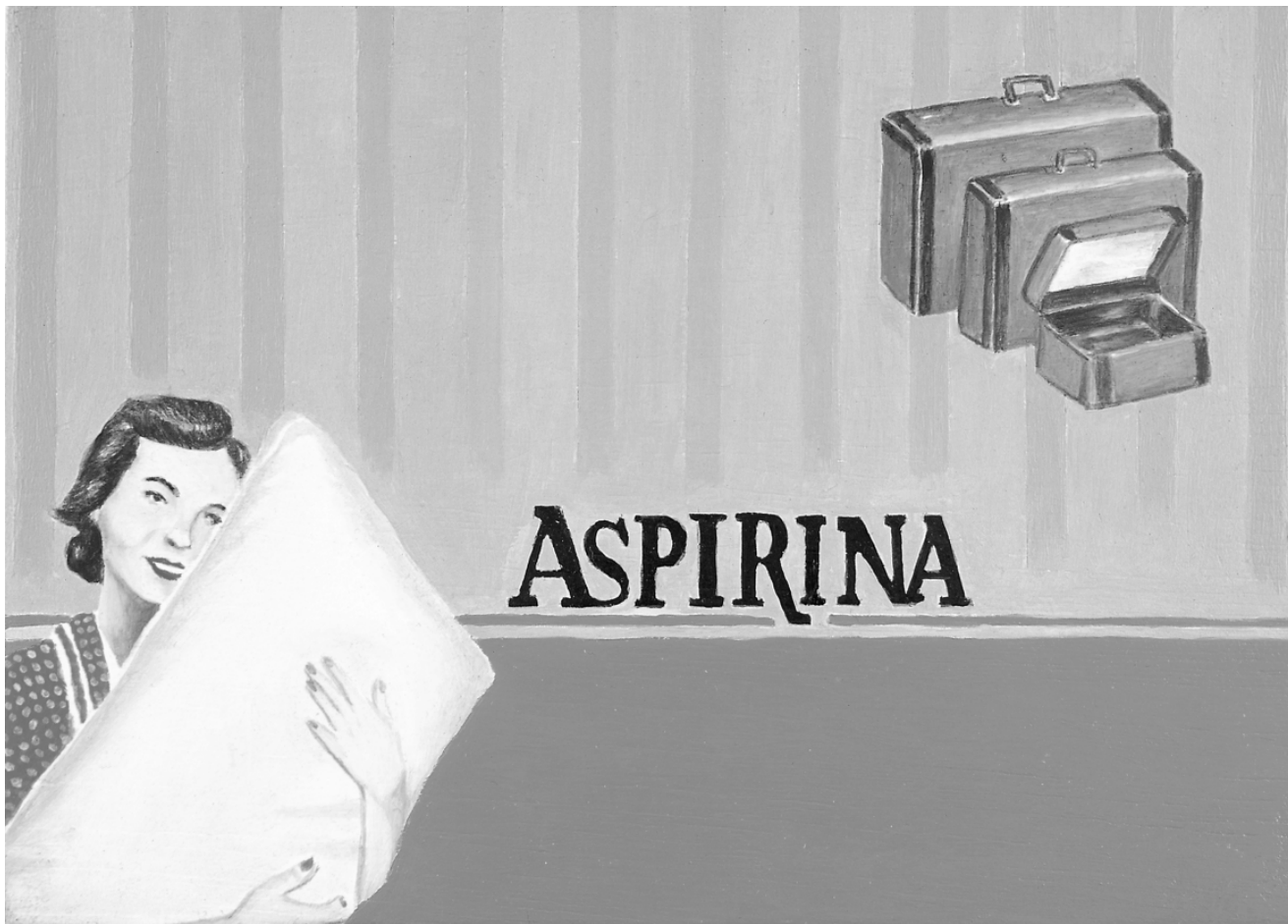
Pascal y Newman. Ellos mostraron que es posible llegar a conocer al sujeto consciente y sus operaciones conscientes sin presuponer una primera estructura metafísica.

Se logra cada vez que se toma conciencia de las operaciones matemáticas, científicas, literarias o de la vida ordinaria. Los griegos así lo hicieron con el arte, la literatura y la retórica, antes de establecer sus categorías metafísicas. Eso muestra que las modernas reflexiones sobre la significación pueden rectificar el sentido del pensar filosófico riguroso, metafísica y ética.

La significación se da en la emotividad, en la intersubjetividad, en el arte, los símbolos, los significados lingüísticos y en otros muchos campos.

Tres etapas del significado

La primera etapa implica la mediación de la experiencia más inmediata de los sentidos al mundo mediado del sentido común, de la vida cotidiana.



Sin título, de la serie "Marca registrada", óleo sobre madera, 12 x17 cm, 2001.

Comprende ya en germen muchos aspectos como la vida social, militar, política, familiar, de las costumbres y la religiosa. Tiene una deficiencia, es verdad, da opiniones, no certezas sistemáticas basadas en la definición. Pero es verdad que a veces se minusvalora este mundo de la opinión. No olvidemos que abarca también las convicciones más profundas de la vida y, aunque tenga que purificarse por el mundo de la teoría, desmitificando ciertos aspectos, no deja de tener importancia capital.

Todos hemos leído en los *Diálogos* de Platón el sistemático esfuerzo que hacía Sócrates por ir a la definición y cómo confundió a sus interlocutores hasta callarles la boca.

El paso a la definición y la teoría sistemática es una genial conquista de los griegos. Sin embargo, epistemológicamente fue un paso precipitado al buscar con ansia la certeza. De la *doxa* se pasó a la teoría, del mundo de Heráclito se fue al de Parménides sin comprobar lo suficiente el paso a la teoría. Se daba por hecho el comprender las esencias, eternas e inmutables. Se dio por asentado que la inteligencia perspicaz clarificadora era, por ello, cierta.

Fue necesario que después de muchos años la ciencia moderna distinguiera con claridad entre la formulación de la hipótesis y la verificación para que descubriera el error que la filosofía cometió en la segunda etapa de la significación.

La metafísica tuvo que cambiar de función en el concierto de las ciencias; empezó a reconocer que el conocimiento de las esencias de las cosas es muy complejo. Por acercamiento, por acierto y error, las ciencias modernas son las que nos descubren los contenidos de las cosas, las esencias, su comprobación y verificación. Algunos, como Bernard Lonergan, han podido estudiar la teoría del conocimiento de las ciencias, la han ampliado y han desarrollado una estructura heurística completa que descubre las funciones de la objetividad y las últimas realidades afirmadas a través de una metafísica crítica, ya no objetivista sino prolongación de las operaciones trascendentales de la subjetividad.

Esta segunda etapa también es rebasada en cuanto a la ética. Para el mundo de la teoría que se crucificó en pretender relacionar el mundo sensible y el mundo inteligible, los juicios metafísicos son también los juicios de la teoría ética. La categorización eterna de la ética de ese mundo es superada, ahora, por la filosofía de los valores,

que da un paso más profundo en el conocimiento de las operaciones trascendentales de la subjetividad. Hay cierta orientación de la ética humana. Pero la ética no es deducción de una antropología o metafísica eterna y adecuada. El ser inacabado del hombre se hace dinámicamente en su evolución.

Una consecuencia importante de esta reflexión ética es que el mundo religioso no puede contentarse con sostener una teoría que cuadra a la perfección con la cultura normativa. Una religiosidad cerrada al mundo de las ciencias es una religión que teme el trabajo de la inteligencia creadora y se contenta con repetir lo eterno y adoctrinar sin tomar en cuenta la evolución del mundo y el avance de las ciencias.

La tendencia religiosa, pues, está llamada a revivir siempre las experiencias religiosas, a volver sobre las convicciones del sentido común y a responder a los retos nuevos de la ciencia desde la perspectiva religiosa. Trágico en la iglesia católica ha resultado el estancamiento en una antropología inmutable que sigue enseñando lo de siempre frente a los descubrimientos que el mundo ha hecho de la afectividad y la sexualidad.

Estas dos etapas abren a un mundo más propio de la intencionalidad de la conciencia. Lonergan lo llama el mundo de la interioridad. Se descarta esta palabra porque entre nosotros tiene un significado peyorativo de intimismo subjetivo.

Pero es una etapa que responde a las exigencias de un momento de la evolución de nuestra cultura. Un objetivismo directo y espontáneo lo descuidó. Toda la filosofía moderna no es sino un giro hacia la subjetividad a partir de la cual, por la dinámica siempre presente en sus operaciones, ayuda a encontrar una revisión concreta y adecuada tanto del proceso de conocer como del de los valores éticos.

Este proceso no es esencialista. Tiene la humildad de la ciencia moderna de volver una y otra vez sobre nuestras operaciones para ver cómo actúan, cuáles hemos omitido y cuáles otras descubrimos por primera vez. Este proceso de conocer nuestro conocer y valorar nuestros valores no puede ser enseñado como los procesos de las ciencias técnico-calculadoras. Se tiene que asumir por completo por cada una de las personas, porque no es de una vez por todas, ni adoctrinable por conceptos válidos de una vez y para siempre. El pensar filosófico es, pues, personalmente inabdicable.▲